

La entrañable *Ranita* de Guanajuato

IRIS SANTACRUZ



Como debería ser una obligación recordar a *La China* Mendoza siempre, aquí, a un tunante sexenio de su partida, aprovechamos este texto escrito tiempo atrás con la misma intención que nos lleva hoy publicarlo: tenerla, unas páginas aunque sea, aquí entre nos.

Mi vida era bailar.

María Luisa, *La China*, Mendoza.

Casi no la conocí. A pesar de que siempre estuve muy cerca de ella, pocas veces tuve la oportunidad de disfrutar de esta mujer a la que tanto amó mi hermano.

Cuando publicaba su columna “La O por lo redondo”, en *El Día*, periódico en el que, por cierto, también trabajaba mi tío Sadot Fabila, era frecuente que mi madre me dijera: tienes que leer el artículo de *La China* de esta semana, está buenísimo. Denuncia el maltrato a un pobre perro que tienen en una azotea, sin cobijo, al rayo del sol y bajo la lluvia. ¡Maldita gente! ¡Qué bueno que haya personas como ella que defienden a estos animales!

Así fui construyendo la imagen de una periodista defensora de las mejores causas, valiente, que decía las cosas claras y directas. Me la imaginaba como una mujer grande, fuerte, de muchos bríos. Era mi heroína justiciera.

Luego descubrí a la literata, y como mi hermano, René Avilés Fabila, decía: a María Luisa Mendoza hay que leerla y releerla porque es la prosa más original de nuestras letras. Yo, obediente leía, una y otra vez, la improbable historia de esos miembros de la familia Romanov que lograron salir vivos de la Rusia revolucionaria para venir a instalarse en el Bajío.

Era una fabuladora genial y desmedida. Creó un personaje llamado Julián Aires Glass, y eso fue suficiente para que dijera, sin ningún empacho, en una entrevista con Laura Barrera, que el músico Philip Glass era su pariente. Escribía sobre la vida y lo que de ella nos duele, los amores negados, desamparados. Allí está su historia de la mujer que se suicida con fruta envenenada con cianuro a causa de un matrimonio desdichado. También era una guanajuatense orgullosa de su provincia y de sus capulines acharolados, sus duraznos velludos, sus peras nalgonas y sus tortillas del comal.

Conforme conocí su literatura, *La China* iba trastocándose, en mi imaginación, en una romántica empedernida, frágil, a fuerza de tanto enamoramiento desdichado.

Después vinieron las pláticas con René. Él la admiraba y, sobre todo, la amaba. Escribió:

La leía, la admiraba y la verdad es que me encantaba. Pude haberme enamorado de ella, pero María Luisa Mendoza siempre estaba rodeada de un séquito de amigos y pretendientes y yo comenzaba en las letras y era tímido. Pero en ocasiones el tiempo es bueno y finalmente me hice primero su admirador y luego las cosas mejoraron, brillaron más y nos hicimos grandes, pero muy grandes amigos.

Y así fue como finalmente, gracias a mi hermano, tuve la oportunidad de conocerla en persona. Cuando la vi, no daba crédito. Era menuda, chiquita, no me llegaba ni al hombro. El pelo y los labios pintados de rojo Tiziano número 30, una voz ronca, como de cancionera de ranchero, inconfundible, que hacía que su tamaño se agigantara. Me quedé de a seis, como ella diría. ¿Esta mujercita era la heroína de mi juventud? Nomás escucharla hablar y decidí que sí, que en efecto era mi ídolo, mi gran referencia en la cruzada por la defensa de los derechos de los animales y de las historias de amantes que se pierden en el camino. Comprendí inmediatamente el amor que mi hermano le profesaba. Yo también caí redondita.

¿Qué decir ahora que ella ya no está? ¿Cuáles, de todos los recuerdos, valen para dejar constancia de su enorme talento y mi rendida admiración? Decidí quedarme con los recuerdos gozosos, de los que comparto algunas vistas.

La vez que participó en un homenaje en Bellas Artes para mi hermano ya muerto, y le decía a Juan Ignacio Aranda: Tú deberías haber sido mi hijo. Tu papá me encanta. Lo vi actuar

en la obra de Sergio Magaña, interpretaba el papel de Moctezuma. López Tarso se paseaba en el escenario luciendo esas espléndidas piernotas que tiene. Definitivamente deberías haber sido mi hijo. A Jairo Calixto, que también compartía mesa en el evento, le decía: tú eres mi pariente, no hay duda. Seguro eres de los Albarrán de Guanajuato, te apellidas igual que mi padre Manuel Mendoza Albarrán, que es el amor de mi vida. En la Sala Manuel M. Ponce, nadie paraba de reír con sus ocurrencias, hasta se nos olvidó un poco la tristeza por la pérdida de René. Al final solo sirvieron vino, y entonces salimos corriendo a comprarle su tequila, porque, eso sí, no perdonaba.

Nuestro viaje a Villahermosa en 2013, con motivo de la entrega del Premio Nacional Malinalli a mi hermano por parte de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, fue memorable. Allá fuimos todos en bola, la familia y los que participarían en el homenaje a René: Dionicio Morales, Bernardo Ruíz, Jorge Ruíz Dueñas y desde luego *La China*. Las autoridades universitarias, generosamente nos asignaron una gran camioneta para desplazarnos. *La China* pasaba las de Caín para subir y bajar de ella. Tratábamos de ayudarla pero su fragilidad nos daba miedo, ya para entonces se movía con dificultad pues le habían operado un pie que le dio muchas molestias por años. No atinábamos cómo hacerlo y nos entreteníamos en discusiones que se eternizaban:

- Ayúdala desde aquel lado.
- No, mejor tú jálala de los brazos.
- China, apóyate en mí para subir.
- No, así la vas a lastimar...

Hasta que *La China*, harta de nuestra ineptitud nos ordenó tajante:

- Empújenme de las nalgas.

Y fue Rosario, mi cuñada, la única –por la confianza que se tenían– capaz de cumplir tal mandato.

En 2017, el Instituto Politécnico Nacional la postuló al Premio Nacional de Artes y Literatura, no era ninguna ocurrencia ya que la obra de María Luisa Mendoza es digna de los más altos merecimientos, su literatura y su periodismo son extraordinarios.

Fuimos a su casa, abarrotada de objetos preciosos y de plantas, ni espacio había para sentarnos porque hasta sobre los sillones, cuadros, uno de *La China* como monja coronada, y a donde volteáramos, adornos. Le ayudamos a llenar el papeleo –bueno, todo era electrónico–, descubrimos que se quitaba la edad, pero cómo

no, ella siempre tan coqueta, tan llena de abalorios, tan maquillada y arreglada. Deslumbrante, decía René.

Estábamos seguros de que sus méritos eran más que suficientes para ganar ese y todos los galardones habidos y por haber. Pero no lo ganó, y no porque careciera de las virtudes necesarias, sino porque así es la gente y porque estaba destinada a que le escatimarán todo, hasta la posibilidad de morir con cierta holgura económica. Pero eso sí, todos lamentaron su deceso y expresaron sus condolencias.

Nos deja su gran aportación a la literatura de este país que tanto amó. Ahora solo me queda extrañarla a ella y a todos mis muertos y, como ella misma escribió: *a veces lloro, pero eso tampoco importa.*